

La mediocridad dorada

En pleno debate para reformar el sistema educativo, en un momento en que parece imprescindible un compromiso nacional y llegar a un pacto que preserve la educación de los vaivenes políticos, se han publicado los resultados del Informe PISA que ponen de manifiesto que nuestros alumnos están *quam tabulam rasam*, que no saben casi nada.

José Manuel Pérez
Catedrático de Geografía e Historia del IES
"Clara Campoamor" de Móstoles (Madrid)

ESTE PROGRAMA internacional auspiciado por la OCDE evalúa los conocimientos tras analizar los resultados obtenidos por los 250.000 chicos/as de 41 países que han participado en el estudio. Y, ¡oh, dolor!, entre los 29 países de la OCDE recogidos en la encuesta, España ocupa el puesto número 23.

El estudio demuestra que uno de cada cuatro jóvenes de 15 años es incapaz de resolver problemas matemáticos básicos, que no entiende lo que lee, no sabe resumir, valorar, gestionar o aplicar sus conocimientos, ni elegir lo adecuado en el momento justo, aunque justo para esas tareas debería capacitar el sistema educativo. Además, los jóvenes españoles están entre los que peores resultados obtienen: ocupan el puesto 24º en matemáticas, el 23º en comprensión lectora y el 22º en ciencias. Y, para colmo, los resultados son peores que hace tres años: hemos bajado 4 o 5 puestos en el ranking y estamos a la cola de Europa. Sólo el 63,4% de nuestros jóvenes ha completado la Enseñanza Secundaria.

Este porcentaje es tres puntos inferior al de 2000 y 13 puntos por debajo de la media de la UE. Los antiguos llamarían a esto *aurea mediocritas*.

A nadie se le oculta que, en íntima relación con ese retraso, debe estar el hecho de que también gastamos menos que otros países en educación. Estamos siete décimas por debajo de la media de la UE (5,1% del PIB) y se ha pasado del 4,9% en 1996 al 4,4%. En este capítulo, España ocupa el sexto lugar por la cola y dedica a educación justamente la mitad que Dinamarca. Pero no puede ser sólo cuestión de dinero, de poco dinero y mal invertido, sino de ineficacia ya que sólo Estados Unidos (que le dedica un 5,1% del PIB) tiene resultados más pobres por cada euro o dólar invertido. Nadie niega que el español sea un sistema equitativo (bueno, la existencia de tres redes lo niega): "en lo que concierne a España, los resultados son homogéneos y coherentes", lo que debe significar que son uniformemente malos.

A nadie se le oculta que, en íntima relación con ese retraso, debe estar el hecho de que también gastamos menos que otros países en educación

Para un país industrializado, con buen nivel de renta y que se tiene por moderno y democrático, los resultados son un varapalo. Y no es sólo cuestión de malos resultados sino de verdadera catatonia y colapso del sistema. La convivencia en los centros está en entredicho: alumnos zafios y mal educados campean por sus fueros, hay acoso, matonismo, insultos. Los profesores tienen dificultades para lograr que niños de 13 años les escuchen

siquiera. Y, por si fuera poco, ni los objetivos que se persiguen ni los mecanismos de funcionamiento están claros. No hay suficientes recursos, ni verdadera autonomía de gestión y cada cual culpa a los demás del desaguado. Así que procede preguntarse: ¿Cómo hemos llegado aquí? ¿Cómo arreglarlo?

Demasiadas asignaturas

La concepción del sistema educativo de nuestro país es una mezcla de albergue de mendicidad y de establecimiento de comida basura. El dueño (Estado central o administración autonómica) se gasta poco dinero: en nuestro país, menos que en otros. Se han diseñado sistemas y currículos inadecuados que responden a intereses partidistas, ignorando que los partidos no perduran en el Gobierno. Se dan demasiadas asignaturas (la materia prima es barata) con pocas horas cada una (cocinadas de manera rápida). Se concibe la educación como un servicio asistencial en el que importa el número, no la calidad, y que no requiere esfuerzo.

Se ha hecho creer a las familias que esta sociedad maternal da sin exigir nada a cambio, pero se les está engañando porque la igualdad de oportunidades de que se habla hace agua cuando los chicos tratan de acceder a la universidad o se enfrentan al mercado laboral. Claro que, en un país de servicios hacen falta muchos camareros. Se descuida a los profesores: no se les forma bien, no se les paga adecuadamente y se les deja abandonados a su suerte.

Pero alrededor de este sistema esclerotizado el mundo cambia vertiginosamente: la fila de menesterosos es cada vez más larga y el número de alumnos por profesor es demasiado elevado para atender lo que podríamos llamar una diversidad masiva. La ESO es una institución caritativa que reparte café para todos; y el Bachillerato da tres años en dos, comida rápida. El que quiera otro menú, u otra educación, que se vaya a un centro concertado y, si el bolsillo lo permite, a uno totalmente privado, lejos de la chusma.

Eso es, aunque no lo digan, lo que está pasando. La educación no interesa de verdad a quienes tendrían la obligación y posibilidades de mejorarla. Así que, ahí está viendo pasar el tiempo...

Más de uno pensará que exagero, que la cosa no es ni tan simple ni tan grave, pero me limito a acentuar algunos rasgos para que puedan percibirse los contrastes. La cosa no es simple pero es grave. Un desastre de tal calibre tiene que deberse a múltiples factores y atajarlo implica luchar en varios frentes.

La concepción del sistema educativo de nuestro país es una mezcla de albergue de mendicidad y de establecimiento de comida basura

Doctores tiene la iglesia y estos días hemos leído y oído a próceres insignes y teóricos brillantes reflexionar sobre las causas del desastre y las medidas para solucionarlo: Cesar Coll, Álvaro Marchesi, Alejandro Tiana, Sandra Moneo, José Luis García Garrido, responsables de asociaciones de padres y madres... Unos regresan del futuro y otros resucitan el pasado. Lástima que ninguno de ellos dé clase en un instituto de Secundaria. Ante una aglomeración de sabios parangonable a la de la Atenas de Pericles ¿qué puede aportar un profesor, estando como está el colectivo docente sometido a juicio por el embrutecimiento de los menores del país? Puede, al modo socrático, deslegitimar al tribunal

y beber la cicuta asumiendo la condena para tranquilizar a la ciudadanía o culpar a otros de la profanación, al modo de Alcibíades, lanzarse a quiméricas conquistas y cambiar de discurso o de bando.

Asombra que se diga desde el MEC que los resultados eran esperables y que “estamos más o menos donde nos corresponde”. Si estamos ahí, es –entre otras cosas- porque las leyes y su desarrollo nos han llevado a ese punto. Los fracasos son en primera instancia del ordenamiento legal que los ha hecho posibles. Desde 1990 se ha aplicado la LOGSE de la que yo siempre he dicho (y no voy a retractarme aquí) que es una mala ley, y no sólo porque su financiación fuera insuficiente: la estructura por niveles de ESO y Bachillerato, las asignaturas, los agrupamientos homogéneos, la enseñanza comprensiva (fuera esto lo que fuera), las formas de atender la diversidad, la promoción automática, etc., eran cosa suya. Así que tendrá culpa de la postración en la que nos hallamos.

La LOCE cambiaba poco el panorama: ponía algunos parches sin financiación alguna. Se aplicó sólo un curso escolar, exclusivamente en lo relativo a evaluación y promoción: daba la posibilidad de repetir y abría camino a itinerarios, PIP, reválidas y otras medidas que se consideraron injustas y segregadoras.

Visto lo visto que sería de desear, cara a la elaboración de la próxima ley, mayor generosidad, pragmatismo y sentido común por parte de los que tengan que hacerla.

Hay que evitar que la descentralización política conlleve la aparición de 17 sistemas educativos distintos (que es lo que está pasando) porque sería un caos. Hay que reorganizar los currículos y reducir sustancialmente el número de asignaturas (a 7 u 8, como máximo) lo que, además de facilitar su aprendizaje, hará que cada alumno tenga menos profesores de referencia. Y, hay que estudiar la ampliación del Bachillerato a tres años porque el nuestro es de los más cortos de Europa.

Habría que sacar la Religión (todas las religiones) del currículo y del horario lectivo pero no se hará porque con la Iglesia hemos topado. Hay que bajar el número de alumnos por profesor a 15-20 y permitir los agrupamientos necesarios. Hay que dar un margen de autonomía organizativa suficiente a los centros. Y, hay que decidir si se quieren mantener las tres redes, pública, concertada y privada (y la competencia desleal entre ellas) que está produciendo una desvertebración y una fractura social difíciles de soldar. ¿Por qué se establecen conciertos en lugares donde la oferta pública es suficiente y no hay un reparto equitativo de alumnos entre los centros sostenidos con fondos públicos?

Los profesores tenemos bastante culpa...

En cuanto a nosotros, los profesores, asumamos la parte alícuota de responsabilidad que nos toca. No tenemos la culpa de todo, pero tenemos bastante culpa. Hemos aceptado que la enseñanza pública, como es de todos, tiene que ser mediocre (y cutre) y que la privada puede hacer lo que quiera. Es sintomático que llevemos a nuestros hijos a centros concertados y que nos repugnen maneras y estilos que alabamos en los centros privados: ¿si no confiamos en el servicio que damos qué nos hace pensar que merecemos que nos paguen más por llevarlo a cabo?

Al profesorado se le da todo hecho, incluidas las leyes, los currículos y los libros de texto. No se solicita su opinión y tampoco se evalúa su trabajo. No se le exige competencia didáctica ni se le demanda renovación pedagógica.

Pero los profesores no son todos iguales, no dedican el mismo tiempo a su trabajo: hay profesionales estupendos y hay necios y vagos. Y todos cobran lo mismo. Los proyectos educativos de los centros son papel mojado porque donde no hay obligación no puede exigirse compromiso. Cada día son más los que “pasan”, los quemados, los que quieren jubilarse cuanto antes.

Hay que entender que sufren un verdadero calvario en cada clase y se ven incapaces de lidiar con alumnos desmotivados, violentos o sencillamente mal educados.

Por ello, además de una formación más adecuada, debería establecerse una verdadera carrera docente con tipos de dedicación diferenciados, pluses de productividad y cobro diferenciado de la labor tutorial y de las extraescolares realizadas fuera de horario.

...y la familia también

¿Y qué pasa con los alumnos y sus familias? ¿Acaso no les corresponde a ellos hacer algo? Los padres han delegado funciones que antes parecían irrenunciables como inculcar principios y hábitos de estudio pero es imprescindible que retomen ese compromiso y que recuperen su autoridad.

Los alumnos, objeto de todos los desvelos, no parecen estar desvelados por los resultados de los informes. La diversidad es absoluta y no hay dos iguales pero, en general los alumnos son poco estudiosos y están desmotivados. No creen que deban obedecer a sus padres, ni que estén obligados a estudiar si estudiar no es divertido.

La mayoría podría seguir currículos razonables con buenos resultados pero también hay absentistas y objetores escolares a los que hay que abrir vías menos académicas y más profesionales. Y los que se esfuerzan deberían ver premiado su esfuerzo a corto plazo con becas, con viajes de intercambio, con la posibilidad de elegir centro, ciclo formativo o carrera.

Educar a contra corriente

VIVIMOS en una sociedad cada vez más compleja, en una sociedad injusta e hipócrita lo que, como no podía ser menos, se refleja en el mundo educativo. Educamos contracorriente, en valores que se contradicen con los que propugnan los medios de comunicación. La disyuntiva no está entre educación o televisión sino entre dos modelos de vida y dos concepciones del ser humano: el respetuoso con los demás y con el medio, que se conforma con poco y no despilfarra (eso es lo que el sistema educativo pretende “vender”) o el que lo supedita todo a la búsqueda de su propia riqueza sin importarle el daño que hace y la miseria que lo rodea (eso es lo que la sociedad enseña). Y, en ese dilema entre sociedad y escuela, la escuela tiene poco que hacer. El resultado está decidido de antemano. Es el triunfo de la mediocridad dorada. Si lo ocultamos a los alumnos y a sus familias, los estamos engañando.